

la Iglesia. Pero nuestra valientes milicias estaban mandadas por bizarros oficiales, y aunque escasas en número, tenían en jaque las fuerzas enemigas impidiéndolas reunirse.

Al fin hizo cesar la ansiedad del Estado Mayor, la llegada del Teniente D. Vicente Siera que al frente de su pequeña columna conducía 5 prisioneros, asegurando que nuestro batallón estaba intacto y que todos los puestos del centro estaban sostenidos.

El muelle sólo estaba abandonado, pues había quedado enclavada su artillería, pero como por allí surgían de vez en cuando algunos enemigos rezagados, se apostó por la entrada el bizarro Capitán don Luis Román que con una partida de milicianos entretuvo un fuego vivísimo tan certero y bien combinado, que impidió de continuo el paso, haciendo además 44 prisioneros sin contar los muertos y heridos.

Viendo el General la heroicidad de aquel puñado de valientes, salió del castillo y se dirigió al muelle acompañado de algunos oficiales, para juzgar por sí mismo del estado de las cosas; y habiendo notado que los que servían la batería se habían retirado, mandó orden para que regresase á la Plaza del Castillo el contingente del Batallón de Canarias. Así se ejecutó al rayar el alba, viniendo á su cabeza el Teniente de Rey D. Manuel Salcedo. Este batallón trajo al Castillo 30 prisioneros y se dispuso de modo que guardara las avenidas de la fortaleza y la del muelle.

Entre tanto Troubridge, cansado de aguardar sus columnas, se había determinado á ir á buscarlas, efectuando su reunión con ellas en la Plaza de Santo Domingo. Reforzada así la columna inglesa, trabó un reñido combate con uno de nuestros cuerpos de milicias mandado por el denodado Coronel D. Juan de Castro, que cayó víctima de su arrojo; pero deseosos los nuestros de vengar á su jefe, se arrojaron intrépidos sobre los enemigos, obligándoles á guarecerse en el Convento.

No se le ocultaba á Troubridge lo falso de su posición ni las dificultades de sostenerse en aquel edificio sin víveres y casi sin municiones. Veía por otra parte que los nuestros hacían preparativos para obligarle á rendirse, pues ya se habían colocado 4 piezas de artillería delante del Convento para batir las murallas en brecha. En medio de aquel apuro ocurrió mandar al General un oficial parlamentario que fué conducido al Castillo por orden del Teniente coronel D. Juan Quinter, que mandaba á la sazón á los sitiadores del Convento. El parlamentario conducido por D. Santiago Madan recibió del General esta digna respuesta: «Todavía tenemos pólvora y balas para defendernos.»

Apenas fué de día y temeroso Nelson de la suerte que podía caber á su gente dentro de la población, resolvió hacer el último esfuerzo para socorrerlos. Una división de 15 lanchas se destacó de los navíos y se encaminó hacia el muelle, pero los castillos estaban sobre aviso y apenas estuvieron al alcance de la metralla, un diluvio de fuego cayó sobre ellas y las obligó á retroceder con pérdida de tres embarcaciones.

Informado Troubridge de esta última desgracia, creyó ya inútil la defensa y rogó al Prior del Convento Fr. Carlos de Lugo y al P. Maestro Fr. Juan de Iriarte, fuesen al Castillo y le dijese de su parte al General que no era su ánimo ofender al vecindario; pero que si no le entregaban los caudales de Filipinas, no respondía de las consecuencias.

A tan altiva demanda contestó el General á los religiosos lo propio que antes había dicho al parlamentario, alegando que iba á cercar el Convento y que no daría cuartel á los sitiados.

Esta noticia unida á la reunión de nuestras milicias en la Plaza y calles adyacentes, reforzadas de continuo con paisanaje armado, y las disposiciones que ya iba tomando el bizarro Quinter, dieron á entender al testarudo inglés que ya era tiempo de ofrecer condiciones más aceptables. Envió, pues, al capitán Samuel Hood precedido de un soldado con bandera blanca y tambor batiente que fué recibido por el Sargento Mayor de la Plaza, el coronel Creagh y el capitán Madan y con ojos vendados se introdujo en el Castillo. Después de algunas explicaciones se convino en un arreglo que luego ratificó el Comandante Troubridge. He aquí este documento:

«Santa Cruz, 25 de Julio de 1797.

Las tropas de S. M. Británica serán embarcadas con todas sus armas y llevarán sus botes si se han salvado franqueándoles los demás necesarios; en consideración se obligan por su parte á no molestar el pueblo los navíos de la escuadra británica que están delante de él ni á ninguno de las Islas Canarias y los prisioneros se devolverán de ambas partes. Dado bajo mi firma y sobre mi palabra de honor.—SAMUEL HOOD.—Ratificado por T. TROUBRIDGE, Comandante de las tropas británicas.—D. ANTONIO GUTIÉRREZ, Comandante general de las Islas Canarias.»

En tanto que se firmaba aquella benigna capitulación, Nelson, que nada sabía y que temía no salir en bien de aquel atolladero, dió la orden de levarse á toda la escuadra. El *Tesoo* y una fragata impulsados por la corriente derribaron hasta ponerse en frente del valle de San Andrés, donde el celoso oficial de artillería D. José Feo empezó á dispararles una andanada que causó grandes destrozos al navío que hacía cuanto podía por retirarse. Esta fué la última escena del drama que duraba hacia 4 días, pues informado el Almirante y el Gobernador Feo de la capitulación, cesaron al punto de hostilizarse.

Ratificado el convenio, salieron los ingleses del Convento y se dirigieron á la plaza principal, en donde estaban formadas todas las tropas con banderas desplegadas, inclusa la partida de 110 franceses que con tanto denuedo habían ayudado á la defensa. Al verlos, manifestó el segundo Comandante Samuel Hood su extrañeza y aún manifestó que no desfilaría delante de aquellos extranjeros que eran los enemigos más encarnizados de su patria; pero el General les dijo con firmeza que aquellos valientes eran sus auxiliares y que tenían derecho á que se cumpliese con ellos lo dispuesto en el convenio. Hood comprendió que no tenía más remedio que pasar bajo aquellas horcas caudinas y siguió el desfile hasta el muelle, en donde se embarcaron los 675 ingleses de los 1346 que bajaron á tierra, no sin haber aceptado antes un refresco para la tropa que les mandó distribuir el General.